

EVOLUCIÓN ÉTICA DE LA IDEA HUMANITARIA

Introducción: Consumismo humanitario

Khaled y yo teníamos motivos para estar felices. Después de varias semanas de tediosas negociaciones bloqueados en Kandahar habíamos conseguido reunirnos con los líderes del movimiento Talibán, por aquel entonces un pequeño grupo misterioso y desconocido del sur de Afganistán. Con el salvoconducto que nos proporcionaron en mano no tardamos ni un minuto en subirnos al destartado 4x4 cargado de medicamentos y mantas y partir rumbo a Tarin-Kowt, la capital de la montañosa provincia de Hilmand y una de las líneas del frente. Era el mes de febrero, el viento era gélido, la carretera imposible y el paisaje nevado moteado de tanques destruidos impresionante. Fue durante estos largos viajes que Khaled, un cirujano Pashtun, y yo entablamos amistad y nos convertimos en incansables conversadores. Aquel día discutíamos sobre la guerra, sus orígenes y su significado para cada uno de nosotros. Llegamos a nuestro destino de noche, cansados y hambrientos. En una ciudad fantasma fuimos calurosamente acogidos por el destacamento Talibán que controlaba la zona, compartieron su comida con nosotros y nos alojaron en lo que en otros tiempos fue el ala de maternidad del hospital provincial ahora convertido en polvorín militar. Entre montañas de Kalashnikov, granadas y morteros Khaled me deseó las buenas noches. Le pregunté por qué pensaba él que yo estaba allí. "Lo que nos une a ti y a mi no es la naturaleza humana, sino la guerra. Nada es más humano que la guerra" fue lo que obtuve por respuesta.

Su categórica afirmación me hizo sentir incómodo, pero Khaled tenía razón. La guerra es desconocida para los animales, no es un instinto natural, es una invención humana. Los hombres somos las únicas criaturas que no nos reconocemos los unos a los otros como miembros de una misma especie.¹ Desde que *Homo sapiens* pobló el planeta diferentes comunidades han establecido a lo largo de la historia estrictas condiciones biológicas, sociales y culturales antes de reconocer a otros seres vivos como humanos. Tradicionalmente la humanidad terminaba en la frontera familiar, tribal, religiosa, racial o lingüística y aunque hoy en día la humanidad como realidad biológica es incuestionable, no puede decirse lo mismo desde la perspectiva social. "Yo contra mi hermano, mi hermano y yo contra mis primos, mis primos y yo contra mi clan, mi clan contra tu clan, los somalíes contra el mundo". El antiguo proverbio del Cuerno de África no podría estar más de actualidad.

Afirmar la pertenencia a una humanidad universal es de hecho una forma de establecerla como valor, como una condición que tendrá que ser definida en términos legales y morales. Religión y filosofía han dejado un rastro histórico de principios de conducta frente al enfermo, el necesitado, el sufriente, las víctimas. Ya sea en tiempos de paz o de guerra los derechos individuales han ido emergiendo mientras que, al mismo tiempo, las categorías de individuos merecedores de esos derechos se han ido ampliando a través del fenómeno de la universalización que dio comienzo en el siglo XVI. La herencia de estas dos revoluciones normativas, parcialmente codificadas en jerga jurídica en lo que llamamos derechos humanos y derecho internacional humanitario y en sus homólogos morales conocidos como justicia universal y solidaridad, proporciona la justificación de la ya famosa 'intervención humanitaria', uno de los hijos favoritos de la modernidad.

Sin embargo, lo humanista y lo humanitario emanan de dos moralidades muy diferentes que han sido confundidas, manipuladas e instrumentalizadas para crear las condiciones necesarias para justificar acciones tan dispares como las Cruzadas, la Operación *Lifeline* Sudán, la colonización y descolonización europeas, la intervención norteamericana en Grenada o el bombardeo de Kosovo. Quién es humano, cuál es el valor de la vida humana, qué es humanitario o qué es sufrimiento innecesario son conceptos cuyo significado varía de una generación a la otra. En el siglo XVIII los africanos eran propiedad privada, varias décadas más tarde fueron declarados humanos. Durante la Guerra civil americana los huesos de los combatientes muertos en el campo de batalla eran triturados y utilizados como fertilizante, hoy los soldados arriesgan sus vidas para recuperar los cuerpos de sus compañeros y la figura del soldado desconocido es alabada en todo el mundo. Hace 150 años sólo poblaciones cristianas eran merecedoras de intervenciones humanitarias, ahora las masacres de musulmanes también disparan ese tipo de acciones.

No hace tanto tiempo nuestra compasión hacia poblaciones lejanas era administrada por misioneros. Hoy en día trabajadores humanitarios, diplomáticos, soldados, políticos, consultores, observadores, abogados, periodistas o estrellas de la moda y la televisión actúan como intermediarios de la caridad popular y dan

¹Ver Alain Finkielkraut, *L'Humanité Perdue* (París: Seuil, 1996), p. 13.

forma a nuestros impulsos piadosos. 'Internacional, del Mundo, sin Fronteras, Acción...' son apellidos comunes de compañías humanitarias de ámbito global que transmiten la existencia de una identidad humana universal por encima de la lógica territorial de los estados. Su audiencia es de escala planetaria, aseguran representar a las víctimas que atienden y a las sociedades de las que proceden y disfrutaron de un éxito social y una credibilidad sin precedentes.

Aún así, un vocabulario común no equivale a valores comunes,² y al final de un siglo que ha presenciado dos guerras mundiales, docenas de conflictos periféricos, el horror nuclear, los gulag, los genocidios de la Alemania Nazi, Camboya y Ruanda, el humanitarismo cae víctima de su miopía moral, su incoherencia operacional y su estrategia de comunicación social masiva. Atrapado en el paradigma legal que ayudó a crear, incapaz de dar sentido a sus operaciones humanitarias y reduciendo los derechos humanos al derecho a la vida, el humanitarismo actual ha abandonado el discurso imperialista e ideológico de antaño para convertirse en un sustituto de la política y la justicia. La ideología paliativa, la moralidad de la urgencia y la política de la ambulancia son apoyadas por un electorado indolente que ama adorar a sus héroes de la caridad y santificar a las víctimas encarnadas en el producto de consumo humanitario por excelencia de los noventa: el refugiado. El humanitarismo contemporáneo es un valor refugio, una ética minimalista no basada en un imperativo categórico sino en emociones sobre las circunstancias.

La dicotomía ética

En el Imperio Romano tan sólo una minoría privilegiada eran ciudadanos, el resto eran esclavos. Cuando la revelación cristiana cuestionó esa división con la promesa de vida eterna universal después de la muerte, las autoridades romanas persiguieron a sus predicadores. No obstante la nueva ideología comenzó a extenderse clandestinamente fundando iglesias y una red caritativa de ayuda al creyente necesitado, preso o afectado por las hambrunas y epidemias.³ Cuando en el año 313 el Edicto de Milán reconoció oficialmente el Cristianismo, el movimiento estaba ya profundamente dividido entre aquellos que abogaban por una caridad pasiva, pacífica y obligada para abrir las puertas del Cielo y los que defendían una caridad activa, desinteresada y violenta, si las circunstancias así lo requerían, contra la injusticia en la Tierra. Estas fallas éticas pueden ser reconocidas a través de la historia hasta nuestros días porque la naturaleza del individuo que surgió en tiempos de paz es diferente de la del que emergió durante periodos de guerra. El primero abarca a la especie humana en su totalidad, el segundo pertenece al dominio de las víctimas.

La doctrina del derecho natural proporcionó las bases de una teoría legal cuya idea central era la existencia de estándares morales universales de los que derivaban derechos individuales. Los pensadores liberales refinaron la teoría primero en una versión restrictiva y contractaria de derechos universales dentro de los límites impuestos por la soberanía y, tras la Segunda guerra mundial, en una dirección más intervencionista. La Declaración universal de los derechos humanos de 1948 representa el punto álgido en la evolución de esta doctrina. Este es el territorio del humanismo habitado por activistas de los derechos humanos cuya lógica es la indivisibilidad de los mismos y para los que la protección de esos derechos no es competencia exclusiva del estado. Representa la revolución de la doble nacionalidad: nacional e internacional,⁴ la humanidad es percibida como una comunidad de excepciones. La rama liberal y secular de la tradición contemporánea de los derechos humanos considera la guerra como inmoral y su ética cosmopolita persigue sensibilizar a la población sobre abusos cometidos en otras partes del planeta en nombre de la justicia global.

Frente a estas concepciones está la guerra, "un mundo aparte donde es la vida misma lo que está en juego, donde la naturaleza humana se reduce a sus formas más elementales, donde el interés personal y la necesidad prevalecen, ... donde moralidad y derecho no tienen cabida."⁵ Y este es también el escenario del

²Ver Stanley Hoffmann, *Duties Beyond Borders: On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*, (New York: Syracuse University Press, 1981), p. 20.

³San Pablo define la caridad en una carta a los Corintios. Ver *La Biblia*, I Corintios 13,4-13,7. Obvia decir que el Cristianismo no posee el monopolio de la piedad ni los buenos deseos: los cultos africanos, el Budismo, Islam o Hinduismo describen también las obligaciones solidarias de la comunidad y la generosidad para con los desfavorecidos.

⁴Ver Mario Bettati, *Le Droit d'Ingerence. Mutation de l'ordre international* (París: Odile Jacob, 1996), p. 46.

⁵Michael Walzer, *Just and Unjust Wars* (New York: Basic Books, 1977), p. 3. (A menos que se indique lo contrario todas las citas han sido traducidas por el autor del artículo).

humanitarismo, la descendencia internacionalizada y no confesional de la caridad cristiana. La antigua teoría de la guerra justa, elaborada por Santo Tomás de Aquino, basada en un análisis moral de la violencia proporciona el referente histórico al derecho internacional humanitario de nuestros días. La guerra fue inventada por los humanos como un medio para resolver ciertos conflictos y dar absoluta prioridad a los deseos de paz de la comunidad de naciones no elimina esos conflictos. El humanitarismo no es violento ni pacifista, acepta la guerra como una realidad tangible y aspira a humanizarla. El humanitarismo no persigue proteger a la humanidad sino a las víctimas de la violencia armada. Las Convenciones de Ginebra no hablan de solidaridad o justicia sino del tratamiento de los civiles, prisioneros, heridos y personal sanitario en el campo de batalla. Normalmente trabajando bajo la bandera de la neutralidad, su cometido final es preservar la vida y aliviar la agonía, ayudar a las víctimas a superar un periodo de crisis.

Así pues, unos intentan 'humanizar' el mundo y los otros la guerra; unos se preocupan por la calidad de vida, los otros por la vida misma; unos hablan de derechos, los otros de salud; el humanismo reconoce a los humanos por las características biológicas que comparten (todos los hombres son iguales), en el humanitarismo el elemento unificador es el dolor (todas las víctimas son iguales). Estas discrepancias fueron ejemplificadas en la ciudad de Oslo en 1901. Frédéric Passy, eminente economista y pacifista líder de la Liga Internacional para la Paz criticó duramente a Henry Dunant, hombre de negocios suizo fundador del Comité Internacional de la Cruz Roja (CICR) y padre de las Convenciones de Ginebra, acusándole de renunciar al bien mayor de la paz y la justicia y de facilitar a los estados el uso de la violencia armada. Los dos fueron nominados para el primer premio Nobel de la Paz de la historia y el comité de selección, incapaz de decidir, acabó otorgando la distinción a ambos. La controversia continua si nos atenemos a los puntos de vista del presidente del CICR (clásica organización humanitaria) y de los co-directores de África Watch (típica organización de derechos humanos). Para el primero "la acción humanitaria sólo se ocupa de los síntomas de la crisis, no de la crisis en sí misma o de sus causas. Persigue aliviar el sufrimiento de las víctimas, no castigar a los culpables. Se trata esencialmente de un acto de caridad y no necesariamente de un acto de justicia."⁶ En cambio los segundos opinan que "las organizaciones humanitarias siempre priorizan el trabajo caritativo, ... algunas personas pueden ser alimentadas o curadas gracias a sus acciones ... pero ello es al precio de no solucionar cuestiones políticas y de derechos humanos más fundamentales."⁷

Mientras Galileo expulsaba al hombre del centro del universo y Darwin lo destronaba del centro de la creación, la humanidad utilizaba el arma normativa para derrumbar las barreras entre civilizado y salvaje, cristiano e infiel, ciudadano y esclavo, blanco y negro, hombre y mujer. Pero la cuestión que aquí nos preocupa es: después de tanta batalla ética, tanta codificación legal y tanta institucionalización política y no gubernamental, ¿hemos resuelto los dilemas que azoraban a los cristianos escondidos en las catacumbas romanas? A tenor de lo dicho no parece que ese sea el caso. Humanismo y humanitarismo han convivido durante siglos, han evolucionado paralelamente y han sido reinventados con frecuencia, pero todos los intentos de fundirlos no sólo han fracasado sino que además han dado lugar a una teoría de la intervención humanitaria simplista, engañosa y de fácil uso. El nivel de confusión es tal que si decimos que los derechos de los niños o la mutilación genital femenina no son asuntos humanitarios más de uno se mostrará ofendido. Y sin embargo, no lo son.

Hasta el momento a fin de ilustrar mejor el argumento hemos hablado de instituciones cuyos discursos y acciones son aceptablemente consistentes con sus principios porque se limitan a la aplicación de un código moral único. El problema surge cuando las organizaciones humanitarias contemporáneas intentan inconscientemente combinar lo incombible: las dos moralidades intrínsecamente antagonistas en las que se basan las doctrinas humanista y humanitaria. Disecar el moderno animal bicéfalo humanitario puede ayudarnos a comprender mejor el *boom* caritativo que vivimos; sus mensajes ambiguos y contradictorios; la excitación de la sociedad occidental por cualquier cosa etiquetada humanitaria; la confusión moral reinante; y las peleas existentes entre gobiernos, organizaciones oficiales, no gubernamentales (ONG), organizaciones de desarrollo y de emergencia, donadores, académicos, periodistas, expatriados...

De la esquizofrenia moral a la caridad espectáculo

⁶Cornelio Sommaruga citado en United Nations High Commissioner for Refugees, *The State of the World's Refugees. A Humanitarian Agenda* (Oxford: Oxford University Press, 1997), p. 267.

⁷Rayika Omar & Alex de Waal, 'Humanitarianism Unbound? Current Dilemmas Facing Multi-Mandate Relief Operations in Political Emergencies', *African Rights Discussion Paper*, No. 5 (1994), p. 40.

Las operaciones caritativas implican la presencia física del que dispensa la ayuda junto al ayudado. El CICR ha trabajado en este escenario durante más de 130 años al lado de otras organizaciones creadas a raíz de la depresión de los años 30 o después de la Segunda guerra mundial, casi todas ellas confesionales o centradas en la reconstrucción de Europa. Ejemplos de estas últimas son Care, Oxfam, Catholic Relief Service, World Vision, International Rescue Committee, Cáritas y Lutheran World Federation. Las atrocidades cometidas durante la Guerra de Biafra de 1968 y el silencio de las organizaciones allí presentes fue la inspiración que llevó a un grupo de personas a cuestionar el sistema de ayuda existente. Para ellas la acción humanitaria, a pesar de su pretendida neutralidad, ocurría en un entorno muy politizado en el cual no denunciar las violaciones de los derechos humanos de las que se tenía conocimiento era moralmente inaceptable. De hecho, existía el deber moral de transgredir cualquier norma legal utilizada contra la humanidad. La lógica era sencilla: los seres humanos eran más importantes que la soberanía.

Así pues la soberanía era el enemigo, independizar la ayuda humanitaria y ampliarla a la promoción de la justicia eran los objetivos, y utilizar el creciente poder de los medios de comunicación y la opinión pública era el instrumento clave. Tres años más tarde vio la luz Médicos Sin Fronteras, una organización "basada en los principios de humanidad, defensa de los derechos humanos, derecho internacional humanitario y ética médica".⁸ Así nació la intervención caritativa contemporánea y toda una nueva generación de ONG privadas, aconfesionales y comprometidas: ingenieros, marinos, pilotos, payasos, biólogos, arquitectos, psicólogos, todos ellos Sin Fronteras o Médicos del Mundo, Handicap Internacional, Acción Contra el Hambre, Merlin, son unos pocos ejemplos de la prolífica descendencia del 'sin-fronterismo.'

La nueva ideología fue rápidamente puesta en práctica en operaciones transfronterizas clandestinas en Afganistán, Laos y Nueva Guinea Papua, pero el primer gran hito humanitario tuvo lugar en Etiopía a mediados de los ochenta. Eran los tiempos de los macroconciertos solidarios '*We are the world*' y '*USA for Africa*' y fue también el momento en el cual el dilema congénito de la nueva hornada humanitaria salió a flote poniendo fin a tal demostración de ingenuidad ética y operacional. El régimen de Mengistu Hailé-Mariam estaba llevando a cabo una política de despoblación forzada del norte del país usando como cebo la ayuda internacional que, al mismo tiempo, también servía para comprar armas.

Tal y como hemos apuntado anteriormente el dilema tiene su origen en la mezcla de códigos éticos incompatibles. Se esté o no de acuerdo con sus principios, el CICR actúa de forma razonablemente coherente con los mismos porque basa su acción en una regla moral única: aliviar el sufrimiento humano. Sin embargo, las ONG humanitarias de nueva generación han incluido en sus principios de acción los objetivos y valores de los derechos humanos y los del derecho humanitario, han mezclado el idealismo de los primeros con el cinismo del segundo, una receta infalible para la confusión moral, el estrés operacional y la popularidad. Ello obliga a estas organizaciones a elegir constantemente entre el individuo de la guerra y el de la paz, entre las manzanas de la vida y las peras de la libertad. Su pregunta del millón es: ¿debemos denunciar las violaciones de los derechos humanos a riesgo de ser expulsados del país abandonando las víctimas a su suerte y sabiendo que posiblemente ello no detendrá las violaciones?, o ¿mejor seguimos ayudando a las víctimas en silencio salvando personas que morirán más tarde porque nunca denunciemos las violaciones? Decidan lo que decidan las organizaciones 'biéticas' infringirán sus principios: si denuncian poniendo en peligro la ayuda a las víctimas vulneran el principio humanitario básico de aliviar el dolor; si permanecen en silencio actúan contra los derechos humanos y se convierten en cómplices del agresor.

Esta esquizofrenia moral explica los contradictorios mensajes y la inconsistencia en las acciones de muchas de estas organizaciones. Así, en 1992 en Somalia una gran cantidad de ellas solicitaron una intervención militar bajo Capítulo VII de la Carta de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) sólo para criticarla semanas más tarde por usar la fuerza; poco después, tras declarar que la solución era política y no militar, criticarían a UNOSOM (la misión de la ONU en el país) por ser demasiado 'política' y muy poco 'humanitaria'. Tras presionar para el establecimiento de tribunales internacionales para Ruanda y Bosnia casi todas las ONG se ampararon en su 'neutralidad' para no declarar en ellos. Muchas de las organizaciones que en los ochenta entraron ilegalmente en Afganistán se encontraron de nuevo en 1996 en las fronteras de Ruanda con el ex-Zaire pero esta vez patéticamente bloqueadas y religiosamente respetando la soberanía de éste último. Hoy critican a las ONG de derechos humanos porque sus denuncias públicas limitan y ponen en peligro sus acciones de ayuda a las víctimas; mañana critican al CICR por no denunciar las violaciones que presencia...

La inconsciente estrategia del humanitarismo de nuestros días para evitar este dilema es la devaluación de los derechos humanos (de por sí ya simplificados por las ONG especializadas en ellos) y la

⁸Médicos Sin Fronteras, 'Inter-Action', *International Newsletter* (1995), p. 2.

práctica de una denuncia timorata y pudorosa que en la mayoría de casos se limita a dar cifras de víctimas y culpar a la etérea 'comunidad internacional', de la que forman parte, de todo lo que ocurre. Ciertamente es que las ONG humanitarias no pueden resolver todos los problemas del mundo, pero tampoco pueden ni deben escapar de las responsabilidades morales del poder que tienen y ejercen, de las responsabilidades que conlleva el utilizar la retórica de los derechos humanos para luego ser puramente humanitario una vez en el terreno. Estamos ante un asalto ético que equipara los derechos humanos al derecho humanitario reduciendo los primeros a las palabras iniciales de su Artículo 3: "todo individuo tiene derecho a la vida," y, en última instancia, haciendo un flaco favor a ambas doctrinas. Todo ello ha llevado a la entronización, a la santificación de la víctima y a la creación de un victimismo universal. El humanitarismo actual se abandona en los brazos del sufrimiento y sólo ve víctimas intercambiables en todas partes.⁹ La víctima, siempre inocente, representa a la humanidad, la vida se convierte en el valor supremo y los derechos humanos se reducen al derecho a ser mantenido con vida con comida y medicamentos. No es el ser humano lo que es amado, lo que es amado es atenderle. Las víctimas no son protegidas, son alimentadas. No es una cuestión de calidad sino de cantidad de vida. Dignidad humana equivale a estar vivo.

Su simplicidad ética y su alianza con los medios de comunicación han hecho a muchas de estas organizaciones ricas y famosas. Juntos han creado una demanda caritativa que es alimentada con superproducciones humanitarias llenas de aviones de carga, espectaculares todoterreno plagados de antenas y banderas y expatriados de diseño salvando primitivas vidas con tetraciclina y galletas de alto contenido energético. Ellos desmitifican la frontera, rompen el silencio, arriesgan sus vidas, culpan a los políticos. No es sólo su anti-política en una época de desencanto ideológico lo que los ha hecho tan conocidos y admirados, es sobre todo el reduccionismo de sus principios: ellos nos proporcionan ídolos morales a los que admirar y reducen nuestras obligaciones para con la humanidad al sublime acto de caridad de dar dinero a una ONG para que alimente a un grupo de personas en un país que a duras penas localizamos en el mapa.

Conclusiones: La inmoralidad humanitaria

A lo largo de la discusión poco o nada se ha dicho del papel de los estados en este caos moral y ello es así porque, en realidad, éstos no han hecho más que hacer suya y retocar la nueva doctrina humanitaria no gubernamental. Los estados, una vez liberados de los imperativos ideológicos y estratégicos de la Guerra Fría, vieron en el humanitarismo una herramienta de comunicación pública con grandes posibilidades. Desde entonces la ONU se ha convertido en el foco de la consciencia global y las relaciones internacionales han experimentado un giro radical de confrontación entre grandes bloques a guerras étnicas y desastres humanitarios. La 'desinteresada' compasión que inspira el humanitarismo ha sido absorbida por los genéticamente egoístas estados, algo que sólo puede explicarse en términos de una síntesis entre moralidad e interés: la reputación internacional se ha convertido en un interés nacional. En el mejor de los casos el humanitarismo ha sido degradado a moralismo estatal. En el peor de los escenarios se ha convertido en un servicio posventa de los excesos políticos y militares, tal y como hace poco hemos vivido en Albania y Macedonia donde muchas ONG y el propio ACNUR trabajaban prácticamente subcontratados en los campos de refugiados organizados por la OTAN. El humanitarismo oficial actual, basado en la idea de que las violaciones de derechos fundamentales pueden ser solucionadas a base de destrucción con medios tecnológicos avanzados, no constituye más que una arrogante afirmación de dominancia y poder. El bombardeo de Kosovo y Belgrado provocó una oleada de atrocidades serbias y expulsiones dando a Milosevic la catástrofe que estaba deseando. Junto con Irak, la 'guerra humanitaria' que hemos presenciado en el corazón de Europa corrobora la tendencia del nuevo humanitarismo gubernamental: "destruye el país, aterroriza a su población, mantén al tirano". Contrariamente a lo que pueda parecer y a lo que se nos asegura, las acciones humanitarias estatales son en realidad una extensión de la clásica operación de seguridad colectiva que, lejos de erosionar el concepto tradicional de soberanía, refuerzan el papel de los estados en la escena internacional.

El objetivo final de toda acción moral es la transformación de la sociedad. La acción humanitaria debe ser altruista y guiada por el sentimiento de humanidad pero, sin embargo, no debe ser juzgada solamente por sus motivos sino también por sus resultados. Dicho de otro modo, debemos aplicar una ética de consecuencias. No son la sequía o el vibrión del cólera los que violan los derechos humanos sino los dictadores que ejercen el poder. Si una crisis es tan grave que desencadena una intervención humanitaria, cualquier intervención que no ponga fin a esas violaciones será moralmente inaceptable. Cuando la acción humanitaria acaba formando parte de la lógica del conflicto, cuando sólo persigue salvar vidas sin solucionar

⁹Ver Finkelkraut, *op. cit.*, p. 130.

las causas de la crisis, cuando, en otras palabras, lo que se hace es prolongar el sufrimiento y "mantener con vida a los habitantes de Sarajevo para que así los francotiradores puedan matarlos a placer,"¹⁰ puede ser moralmente justificable la no intervención o la retirada.

¿Estoy diciendo que debemos dejar morir a la población? Obviamente no. El máximo número de vidas posible, incluidas las de los agresores, deben ser salvadas. Pero lo que defendiendo es que salvar vidas puede no ser el objetivo más importante de todos, que, de hecho, salvarlas sin resolver el problema que causa su agonía es éticamente reprochable e inhumano. Lo que me parece intolerable es ese triunfalismo humanitario basado en un reduccionismo extremo. A lo que me opongo es a esa falsa, condescendiente y autocomplaciente actitud de 'buen trabajo chicos' cuando unas cuantas vidas son temporalmente protegidas. Ello en el fondo no es más que una trivialización del valor de la vida humana que es exactamente lo que hizo el Consejo de Seguridad de la ONU cuando nunca reconoció el genocidio que estaba teniendo lugar en Ruanda reemplazándolo por una 'catástrofe humanitaria' y un *show* solidario. Para Rosseau la piedad surge de la capacidad del espectador de identificarse con la persona que sufre. Ayudado por los medios de comunicación, el humanitarismo ha reducido las crisis a un espectáculo narrado en términos de padecimiento humano y cifras de víctimas. Nosotros nos identificamos con éstas porque somos capaces de imaginarnos en su lugar, porque ellas y nosotros podemos sentir dolor, pero no porque ambos somos humanos. Alienación sentimental de la miseria por la cual las víctimas no son ayudadas como ciudadanos cuyos derechos deben ser protegidos sino como estómagos que deben ser llenados. Al final justicia se ha hecho si logramos mantenerlos con vida. Rechazo, en suma, la poca honestidad de aquellos que pretenden que el humanitarismo puede incluir un programa político o de derechos humanos.

El único hecho universal acerca de los derechos humanos es su violación y el único hecho universal acerca de la igualdad de los hombres es el culto a la diferencia. El primero se debe a que la guerra es un producto humano y el terror ataca sin previo aviso eliminando sucesivamente a la persona legal, moral y física. El segundo es la reacción a los intentos de homogeneizar la sociedad: cuanto más iguales son las condiciones, menos explicaciones hay para las diferencias que de hecho existen entre las personas y de este modo más desiguales los individuos y los grupos se vuelven.¹¹ Este es el escenario en el que se desenvuelve la intervención humanitaria, un ideal al que hemos renunciado por inalcanzable. El humanismo ha sido reducido al humanitarismo y el humanitarismo se ha convertido en un sustituto de la política, aún peor, se ha convertido en una política en sí mismo.

El humanitarismo moderno es una doctrina sin discurso general, una práctica que no quiere saber, sin oídos y todo corazón. En la era de la ideología creíamos saberlo todo, ahora preferimos ignorar. Antes en el nombre de la ideología rechazamos ser condicionados por el sufrimiento humano; hoy en nombre del sufrimiento rechazamos ser condicionados por la ideología.¹² El humanitarismo es sin duda aquello que nosotros hemos hecho de él, pero ello no significa que tenga que seguir así. Como doctrina no puede permanecer por más tiempo en el actual estado de confusión y turbulencia en el que se encuentra y sólo una revolución imaginativa puede sacarla de la nebulosa moral en la que deambula desorientada. Es necesario afrontar sin demora la necesidad de reforzar la estructura normativa y clarificar los códigos éticos de los diferentes actores humanitarios. Llegó la hora también de forjar una relación y coordinación más estratégica entre ellos. Es muy posible que ninguna de las actuales teorías éticas puedan ayudarnos a decidir cuándo y cómo ayudar a las víctimas de una crisis, pero ello no es excusa para ser moralmente indolente y apático.

El humanitarismo del fin del milenio es una impostura moral. Mientras sus límites como filosofía práctica son cada vez más evidentes, el individuo que emergió durante los períodos de guerra esta eliminando al que surgió en tiempos de paz. Atrapado en un discurso ambivalente que oscila entre humanismo y religión y actuando entre un desorden nacional que no lo integra y un orden internacional que lo manipula, el humanitarismo se ha convertido en una especie en peligro de extinción.

Jordi Raich Curcó
MA Relaciones Internacionales
Herat, agosto 1999

¹⁰ Stanley Hoffmann, 'The Politics and Ethics of Military Intervention', *Survival*, Vol. 37, No. 4 (1995-96), p. 41.

¹¹ Ver Hannah Arendt, *The Origins of Totalitarianism* (New York: Harvest, 1951), p. 54.

¹² Ver Finkelkraut, *op. cit.*, pp. 132 y 136.

Bibliografía abreviada

- Arendt Hannah, *The Origins of Totalitarianism* (New York: Harvest, 1951).
- Beitz, Charles R.; Cohen, Marshall; Scanlon, Thomas and Simmons, John A. (eds.), *International Ethics* (Princeton: Princeton University Press, 1990).
- Bettati, Mario, *Le Droit d'Ingérence. Mutation de l'ordre international* (Paris: Odile Jacob, 1996).
- Brown, Chris, *International Relations Theory: New Normative Approaches* (New York: Harvester Wheatsheaf, 1992).
- Finkelkraut, Alain, *L'Humanité Perdue* (Paris: Seuil, 1996).
- Frost, Mervyn, *Ethics in International Relations: A Constitutive Theory* (Cambridge: Cambridge University Press, 1996).
- Hoffmann, Stanley, *Duties Beyond Borders: On the Limits and Possibilities of Ethical International Politics*, (New York: Syracuse University Press, 1981).
- 'The Politics and Ethics of Military Intervention', *Survival*, Vol. 37, No. 4 (1995-96).
- *The Ethics and Politics of Humanitarian Intervention* (Indiana: University of Notre Dame Press, 1997).
- Lewer, Nick and Ramsbotham Oliver, 'Something Must Be Done: Towards an ethical framework for humanitarian intervention in international social conflict', *University of Bradford Peace Research Report*, No. 33 (1993).
- Lyons, Gene M. and Mastanduno Michael (eds.), *Beyond Westphalia? State Sovereignty and International Intervention* (Baltimore: Johns Hopkins University Press, 1995).
- Macrae, Joanna, 'The origins of Unease: Setting the Context of Current Ethical Debate', *Background paper for the Forum on Ethics in Humanitarian Aid*, Dublin (1996).
- Médecins Sans Frontières, 'Inter-Action', *International Newsletter* (1995).
- Moorhead, Wright (ed.), *Morality and International Relations* (Aldershot: Avebury, 1996).
- Omar, Rayika and de Waal, Alex, 'Humanitarianism Unbound? Current Dilemmas Facing Multi-Mandate Relief Operations in Political Emergencies', *African Rights Discussion Paper*, No. 5 (1994).
- Prendergast, John, *Crisis Response. Humanitarian Band-Aids in Sudan and Somalia* (London: Pluto Press, 1997).
- Smith, Michael J., 'Ethics and Intervention', *Ethics & International Affairs*, Vol. 3 (1989).
- Steiner, Henry J. and Alston, Philip, *International Human Rights in Context. Law Politics and Morals* (New York: Oxford University Press, 1996).
- Thomson, Kenneth W. (ed.), *Ethics and International Relations. Ethics in Foreign Policy, Volume 2* (New York: Transaction, 1985).
- United Nations High Commissioner for Refugees, *The State of the World's Refugees. A Humanitarian Agenda* (Oxford: Oxford University Press, 1997).
- Vincent, R. J., *Human Rights and International Relations* (Cambridge: Cambridge University Press, 1986).
- Walzer, Michael, *Just and Unjust Wars* (New York: BasicBooks, 1977).